

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL

LA IMAGEN DE IBEROAMÉRICA EN LAS IZQUIERDAS EUROPEAS

La antiglobalización es la gran seña de identidad de las izquierdas actuales, y esto vale para Europa tanto como para América. Las izquierdas han dejado de ser hace mucho lo que eran a finales del siglo XIX y principios del XX, porque lo que entonces reivindicaban es hoy realidad en todo Occidente. Ahora sólo queda un populismo que es, en realidad, la negación de la política, porque no es una ideología sino un estilo. No es una concepción del mundo, sino una estética.

Hace muchos años, Stefan Zweig escribió una frase lapidaria acerca del país en el que se suicidó, que hoy resulta aplicable al conjunto de Iberoamérica: «Brasil es el país del futuro y siempre lo será». La pregunta angustiosa es por qué, en aquellas naciones, el porvenir, que parece allí, más que en ningún otro lugar del planeta, al alcance de la mano, es perpetuamente postergado. Las izquierdas europeas suelen dar a ese interrogante una respuesta que tienen por obvia: eso pasa porque gobiernan las derechas, tradicionalmente aliadas al imperialismo –el que toque, pero con preferencia el norteamericano, aunque los Estados Unidos poco tengan que ver con las situaciones en que se los alude– y entreguistas por naturaleza.

La prensa a través de la cual se expresan esas izquierdas europeas sigue diciendo lo mismo, aun ahora, cuando en los países más importantes de la región –importantes por dimensiones, población, producción y nivel cultural–, han llegado al gobierno lo que ellas consideran las izquierdas locales. Hace un tiempo se hablaba, con profundo des-

Horacio Vázquez-Rial es escritor.

Cuadernos de pensamiento político

conocimiento de la realidad, de un eje Kirchner-Lula-Chávez, al que ocasionalmente se añadían, en un extremo, Lagos y, en el otro, Castro. A ese quinteto, se ha sumado ahora Tabaré Vázquez, presidente del Uruguay, un pequeño país en cuyos campos se criaron las vacas necesarias para alimentar a otros mucho mayores, y que posee un especial valor simbólico en el conjunto por su peso cultural y por haber sido «la Suiza de América» durante décadas, signifique eso lo que signifique. Periódicos españoles, y europeos en general, celebraron y titularon con lo que Eduardo Galeano apuntó en un artículo: «por primera vez gobierna la izquierda en el Uruguay». Se referían a una nación que tuvo ley de divorcio y régimen de jubilaciones antes que cualquier Estado europeo. Con lo que volvemos a la cuestión que siempre se elude: ¿qué son las izquierdas y qué son las derechas en Iberoamérica para esas izquierdas europeas, y qué son en realidad?

Las izquierdas europeas conciben como izquierdas iberoamericanas al conjunto de las organizaciones y personas que, en aquella parte del mundo, se declaran como tales. Lula, Chávez, Kirchner, Lagos, Vázquez y Castro, por tanto, son izquierda, y si las cosas les van mal es porque las derechas no les dejan actuar.

El gran modelo es, por supuesto, Cuba, con el comandante en jefe a la cabeza. En Cuba no hay nada: ni siquiera dólares sucios del narcotráfico que la isla apaña, según expresa declaración de Castro: «vamos a aniquilarle varias generaciones al imperialismo en su propio territorio». Las izquierdas, iberoamericanas y europeas, y hasta una parte ingenua de la derecha, coinciden en sostener que la culpa de que en Cuba no haya nada es del imperialismo norteamericano con su bloqueo, y que no habrá solución política ni económica para Cuba mientras los Estados Unidos no lo levanten. Hablan como si el comercio exterior cubano hubiese estado suspendido en su totalidad desde el 1 de enero de 1959. Y, lo que es más llamativo, son muchos los españoles que lo creen, ignorando que España no dejó jamás de comerciar con Cuba, y que la reducción al mínimo de las compras de azúcar y tabaco no obedeció en su día a acuerdos con los Estados Unidos, sino a que la vida económica de varias de nuestras provincias estaba ligada a la remolacha y el tabaco. El Departamento del Tesoro

Cuadernos de pensamiento político

de los Estados Unidos reveló en 1994 que empresas americanas habían comerciado con Cuba durante una década, a través de filiales en el extranjero, por valor de 700 millones de dólares al año.

Lo cierto es que hoy Cuba no comercia porque no tiene con qué: en la mayoría de los países otrora compradores, sus productos tradicionales han sido sustituidos por otros, locales. Lo mismo ocurre en muchas otras naciones subdesarrolladas, sobre las cuales no pesa embargo alguno pero cuyas economías dependían de necesidades ajenas ahora satisfechas. El bloqueo americano ha restado algunos clientes a Cuba, pero no ha perjudicado su comercio en la medida en que lo ha hecho el monocultivo, el empeño en no reformar un régimen productivo obsoleto.

Sólo un antiamericanismo cerril, del que sobra tanto en las izquierdas como en las derechas europeas, puede explicar el que se atribuyan al bloqueo todos los males de Cuba. Ignoran que *el bloqueo es la gran coartada de Fidel Castro*, que se ampara en él para explicar hambres, enfermedades, corrupciones e ineptitudes. Las cosas funcionan como funcionan, dice el comandante en jefe, por culpa del enemigo americano. Tampoco es novedad: la mayor parte de las castas en el poder en la América hispana se valen del fantasma del imperialismo desde hace un siglo, tanto para lavar sus culpas, endilgándolas a otros, como para ganar elecciones con discursos populistas que no perjudiquen sus propios intereses. Sin esa coartada, ¿cuánto tardarían los cubanos en reconocer sin ambages el fracaso histórico de la revolución que ha marcado casi la mitad de su vida como nación independiente?

Cuanto más tarde caiga Fidel Castro, menores serán las posibilidades de Cuba de ser la nación que fue, y mayores las de retrogradar hasta convertirse en un infierno como Haití. Cuanto más se resista Fidel Castro a abandonar el poder, más violento será el final del régimen, aunque él muera en la cama. No hay nada que defender en la Cuba actual: los avances en el terreno de la educación y de la sanidad con que suele justificarse la totalidad de la acción política de la revolución, pese a ser menores que los alcanzados en varios países capitalistas, no se sostienen si no hay comida. Y no hay comida en Cuba. No hay medicinas en Cuba. No hay libros en Cuba. No hay ropa en

Cuadernos de pensamiento político

Cuba. No hay transporte en Cuba. No hay libre circulación de personas en Cuba. No hay sinceridad en Cuba, porque hay miedo en Cuba. Y cada vez hay menos cubanidad en Cuba, el país de América con un mayor número de exiliados en proporción a su población.

Por último, el argumento de oro de que el bloqueo americano impide a Cuba comprar petróleo, no proporciona respuesta para la pregunta de oro: ¿con qué puede comprar petróleo Cuba? No puede, pero para satisfacer sus necesidades básicas, en un régimen productivo escuálido, cuenta con la generosidad de Chávez como en otra época contó con la de los rusos.

A todo esto, el liberalismo conservador al que los analistas de izquierdas de la prensa europea pretenden meter en el saco informe de «la derecha», en el que caben desde Mussolini hasta Haider, pasando por unos presidentes de los Estados Unidos demonizados en una perpetua caricatura –salvo en los casos, como el de Clinton, en que uno de ellos se somete a los deseos del eje franco-alemán en cuestiones tan graves como la de Yugoslavia–, el liberalismo conservador, decía, no ha sido capaz de dar o, al menos, de comunicar una respuesta propia. El proteccionismo de Fidel Castro se ampara en un proteccionismo inverso, el del bloqueo. Y ya es bien curioso que una política que se caracteriza por su oposición a la globalización, se queje del mecanismo económico que le permite seguir siendo proteccionista.

Lo que la prensa europea tiene por izquierda gobernante en Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela, no es otra cosa que una suma heterogénea de políticas antiglobalizadoras.

Las izquierdas han dejado de ser hace mucho lo que eran a finales del siglo XIX y principios del XX, porque lo que entonces reivindicaban, los objetivos en torno de los cuales construyeron su identidad, desde la jornada de ocho horas hasta el sufragio femenino, desde la seguridad social hasta la organización sindical, desde el derecho al divorcio hasta la liquidación del latifundio, es hoy realidad en todo Occidente. Obviaré extenderme aquí sobre la forma en que algunos de esos objetivos fueron alcanzados: por decisión de gobiernos autoritarios en unos cuantos casos, por obra del simple desarrollo del ca-

Cuadernos de pensamiento político

pitalismo en otros. Lo cierto es que las izquierdas no pueden dar hoy batallas que ya han ganado, de modo que por un lado se aplican a sobrealimentar ciertos triunfos, acelerando los trámites de divorcio, garantizando por ley el derecho a transitar desnudo por la vía pública –como ha hecho el parlamento catalán, con alcance local–, o haciendo derivar el discurso internacionalista hacia el multiculturalista; y, por otro, a promover rancios principios colbertianos, cuya subsistencia podía tener sentido en algunos países volcados al desarrollo autárquico –España, en condiciones de posguerra y sin los beneficios del plan Marshall, sin ir más lejos– hace sesenta años, y que hoy se traduce en la antiglobalización.

La antiglobalización es la gran seña de identidad de las izquierdas actuales, y esto vale para Europa tanto como para América. Toda América, la del norte y la del sur, en el poder y en la oposición. La Cuba de Fidel Castro es el gran bastión de la antiglobalización, el extremo autárquico del proteccionismo. Naturalmente, ningún propagandista del régimen puede abogar por la continuidad del bloqueo –lento de agujeros por los que se filtra el comercio, gran motor de civilización– sin quedar en evidencia ante su público, de modo que siguen reclamando su desaparición, pero con la boca cada vez más pequeña: su triunfo radica en la subsistencia del régimen del comandante en contra de la globalización.

Contra la globalización está Chávez, y es eso lo que le convierte en un líder de las izquierdas. En su democracia autoritaria, ratificada y exacerbada tras su éxito en un tortuoso referéndum, se han perdido todos los límites. El antiimperialismo de Chávez, tan sentado sobre su petróleo como la monarquía saudí, se ha salido del rumbo leninista tradicional para trasponer barreras temporales. La propaganda soviética de la guerra fría, que derivó de la noción de socialismo en un solo país a la de imperialismo en un solo país, pasando por encima de Hilferding y de Hobson, inspiradores de Lenin en su célebre opúsculo sobre el tema, había servido para concentrar en los Estados Unidos todos los odios que genera el subdesarrollo. Pero los odios de Chávez alcanzan a la España de los Reyes Católicos, a la llegada misma de los europeos a América, y fomentan el derribo de estatuas de Cristóbal

Cuadernos de pensamiento político

Colón. No registra la historia ninguna experiencia de grupo, del tipo que hoy, impregnados por la terminología romántica, llamaríamos nacional, desde la más remota antigüedad, que no haya tendido a la globalización, de modo que si hay gente que hoy aniquila monumentos recordatorios de la figura de Colón, sólo su ignorancia del pasado le impide manifestarse en contra de los asirios, de Alejandro Magno o de Marco Polo. La prensa europea, con su discurso predominante, próximo a las izquierdas, a la corrección política y al multiculturalismo, dice que eso es antiglobalización, y es de temer que digan la verdad, y que ese concepto sea en última instancia más bárbaro de lo que cabía suponer hasta no hace mucho.

No son pocos los que le celebran a Chávez esas bromas macabras, pero el que más cercano a sus posiciones se muestra es Néstor Kirchner, ya perdido el pudor de los primeros tiempos, cuando aún no se sentía seguro en su puesto.

El azar quiso que el autor de estas líneas estuviese presente en Buenos Aires el día en que Kirchner juró su cargo, en presencia de otros mandatarios iberoamericanos, entre ellos Fidel Castro. También en este caso sirvió Castro para definir el carácter del nuevo gobierno, otorgándole con su sola visita una imagen de izquierda, rápidamente asumida por todos, en Europa como en América. Es decir, una imagen antiimperialista y antiglobalizadora. Aprovechando su estancia en Buenos Aires, Castro pronunció uno de sus larguísimos discursos en la Facultad de Derecho. Naturalmente, no alcanzó el aula magna de la institución para albergar a todos los que fueron a escucharle, y el hombre, ni corto ni perezoso, trasladó la cátedra al exterior del edificio. Varias cadenas de televisión transmitieron el acto, y la prensa europea lo infló tanto como el propio gobierno argentino: la realidad es que Castro había reunido, en una ciudad de casi quince millones de habitantes, sólo veinte mil espectadores. Lo cual venía a demostrar palmariamente que, hiciera lo que hiciera Kirchner en función de su imagen, ese veinte por ciento de argentinos que lo había votado en la primera ronda –recordemos que no hubo segunda porque, en una maniobra deslegitimadora y antidemocrática, Menem se abstuvo de presentarse–, no lo había hecho porque fuera de izquierdas. Hubiese

Cuadernos de pensamiento político

ganado en la segunda, seguramente, pero no por méritos propios, sino porque una gran mayoría hubiese ido a votar contra Menem. Nadie sabía realmente cuál era el plan de gobierno de Kirchner, si es que existía, pero el discurso de asunción dibujó uno con el que en principio no cabía estar en desacuerdo: lucha contra la corrupción, renegociación de la deuda externa, remedio de los conflictos derivados de la dictadura.

Los primeros pasos de gobierno parecían ir en esa dirección: se removieron cargos policiales sospechosos de connivencia en delitos graves –narcotráfico y tráfico de armas, secuestros y torturas–, fueron pasados a retiro militares vinculados con la represión en la dictadura, se inició la reforma y la renovación de la Corte Suprema, diseñada a su medida, en número de miembros y en designación de jueces adictos, por Carlos Menem para garantizar su propia impunidad. Y basta, nada más. La seguridad de los ciudadanos no mejoró, sus garantías legales tampoco, porque en la policía y en la judicatura los leales a Menem fueron sustituidos por leales a Kirchner o a su discutido mentor, Eduardo Duhalde, que no había tenido legitimidad suficiente para actuar en su momento. Pero lo más grave es lo que sucedió con la deuda externa.

Kirchner tenía tres posibilidades: derogar la ley por la cual el ministro Cavallo había establecido la consolidación de la deuda –es decir, la asunción por el Estado de las deudas de las empresas privadas, una barbaridad jurídica que sigue en pie, y por la cual el Estado acepta como propias, por ejemplo, deudas que algunas empresas filiales de otras, extranjeras, tienen con sus casas matrices–; o asumir las consecuencias de esa ley hasta el momento de su asunción y promover su derogación para el futuro, que hubiese sido la más sensata y honesta, si se proponía asumir compromisos nacionales; o negociar una postergación de pagos con largos plazos para generar confianza en nuevos inversores y promover la producción. Optó por una salida imprevisible: no hacerse cargo sino de la cuarta parte de la deuda. No es improbable que, consciente de que la madeja judicial que eso generaría no iba a ser fácil de desenredar a corto plazo, delegara así el problema en su sucesor, quien fuera. Peronista, eso sí, porque las eleccio-

Cuadernos de pensamiento político

nes argentinas son, y serán en el porvenir inmediato, entre un peronista y otro peronista.

Los antiglobalizadores, que no sólo se oponen al libre comercio, sino también al pago de la deuda externa, hicieron suya la medida de Kirchner y le incorporaron al panteón de las izquierdas. Y, con los antiglobalizadores, la prensa bienpensante europea, que es mayoritaria. Al cabo de un año y medio de gobierno, cumplido el 25 de octubre, la deuda sigue allí, pero incrementada por la acumulación de intereses, y la producción no ha aumentado. El país continúa en *default*.

Con ser el suyo un gobierno representativo, en términos personales, de lo que en la Argentina de los años setenta se autodenominó izquierda, es decir, del ala izquierda del peronismo, el movimiento montonero, resulta ser en la realidad última una continuación del menemismo. Ya en 1989 fueron muchos los ex montoneros que apoyaron a Menem y tuvieron cargos de relieve en su administración, y el propio Kirchner se recicló como demócrata en el Partido Justicialista de la época. La prensa europea de izquierdas que no se dejó seducir por la vertiente populista de la personalidad de Menem, lo pintó como un neoliberal, palabra que en sus textos resulta ser anatema, y que aún nadie ha explicado: sirve tanto para designar a los que creemos que la globalización es a la vez una realidad y una solución para unos cuantos problemas, como para rotular a los corruptos de toda laya; también para degradar la imagen del liberalismo. La verdad es que el menemismo fue el imperio de la corrupción, y resultó más trascendente que sus pares contemporáneos –Alan García, Carlos Andrés Pérez, Collor de Melo, todos ellos tan favorecidos por las izquierdas reinantes como Bettino Craxi– por las dimensiones territoriales, culturales y políticas del país, y porque esa corrupción no le costó el poder ni la entrada en prisión.

Menem ha servido a los enemigos del liberalismo para identificar cualquier proceso de privatización con la corrupción, poniendo el acento en las privatizaciones traumáticas, asociadas a los nombres de Enron y Aerolíneas Argentinas. Y su deriva personal ha contribuido a hacer de la impunidad un *way of life*.

Cuadernos de pensamiento político

No han comprendido las izquierdas europeas que el populismo no es una ideología, sino un estilo. No es una concepción del mundo, sino una estética. Lo que de igual percibimos en Chávez y en Fidel Castro, en Lula y en Menem o Kirchner es una forma de la violencia, ejercida contra los modos tradicionales de hacer política. En un sector de la sociedad, el más educado en términos democráticos, esos personajes producen, sobre todo, vergüenza ajena.

Pero ese estilo se acompaña de consignas. Es en sí mismo una declaración de principios, pero tiene un aspecto verbal: por ejemplo, las célebres consignas «patria o muerte», «socialismo o muerte», «la sangre derramada jamás será negociada» o «el pueblo unido jamás será vencido». Todas, negaciones de plano del hecho político, de la política y de lo político. Porque ante lo irrealizable de un proyecto existen alternativas distintas de la muerte. Porque a lo largo de la historia, hombres y mujeres derramaron sangre únicamente para forzar negociaciones. Porque el concepto mismo de pueblo es una proclamación, cierto que abstracta, de unidad.

El populismo es la negación de lo político, la burla de lo político, la parodia de lo político. En los Chávez y los Castro de este mundo, la realización de este aserto es evidente. Pero no son ellos los únicos populistas en estos albores del siglo y del milenio. Las izquierdas del Occidente desarrollado se han apuntado encantadas al pensamiento desestructurado, a las frases triviales y en ocasiones sanguinarias, a la no-política.

Lo políticamente correcto y el populismo, con no ser sinónimos, son términos coincidentes en más de un aspecto. Ambos sirven a un mismo público: el más zafio, el más ignorante, el más pobre en todos los sentidos, el que necesita el amparo de lo colectivo para sentirse en el mundo. Ese público, que no ciudadanía, se tranquiliza cuando piensa, o cree que piensa, como la mayoría de los que le rodean.

El populismo no cree en el Estado. Y, puesto que el Estado es, ante todo, un pacto entre iguales, cuando no se cree en él, cuando se desconoce la necesidad de un marco general y común de garantías, se contribuye a debilitarlo y, en ocasiones, a acabar con él. Cuba no va a

Cuadernos de pensamiento político

salir del castrismo sin tener que reinventarse como Estado, sin elaborar un nuevo pacto civil. Rusia aún vive la enfermedad del Estado destruido. La Argentina del peronismo posterior a 1955 sigue sin encontrar su camino.

El presidente de Chile, Ricardo Lagos, se sale del marco populista. Aunque la prensa insista en sumarlo a Kirchner, Lula, Chávez, Castro y, ahora, Vázquez, su imagen no ha podido ser asimilada a las de los demás. Chile pertenece al APEC (Acuerdo de Cooperación Asia-Pacífico), ha firmado tratados de libre comercio con los Estados Unidos, México, Canadá, Corea del Sur, la Unión Europea y China, y está en elaboración el que suscribirá con Japón. Todo lo contrario de una política antiglobalización. Lagos ofrece una política de Estado coherente en lo interior y en lo exterior. Los inversores lo saben, y por eso apuntan a Chile, aunque su economía diste de estar realmente saneada, aunque su población esté en una situación tan lamentable como la de los demás países de la región, y aunque una parte importante de esa población viva, desde el punto de vista productivo, en la Argentina depauperada que, sin embargo, aún ofrece mejores oportunidades a los trabajadores chilenos que cruzan constantemente, de un lado a otro, una frontera más teórica que real, una frontera tan permeable que ha determinado la decadencia de Buenos Aires como eje de las exportaciones argentinas, muchas de las cuales se hacen ahora por el Pacífico. De ningún modo el socialista Lagos ha hecho una política interior que tendiera a resolver los problemas cotidianos de los chilenos en salud, educación y vivienda, siendo como es Chile el país más favorecido por los inversores extranjeros en la región, es decir, pudiendo permitírselo: ahí siguen campando por sus respetos las «poblaciones», el analfabetismo y la marginalidad. Pero ese déficit moral del gobierno no cambia nada en relación con su lugar en el mundo como Estado, coherente con su pasado. Permite señalar, eso sí, que las políticas sociales son un problema interno, y que lo que se haga con las riquezas acumuladas en intercambios de privilegio depende únicamente de los gobernantes locales.

En Chile no ha habido ruptura, sino transición a la democracia. En la Argentina ha habido regreso a la política de antes de la dictadura,

Cuadernos de pensamiento político

lo mismo que ha empezado a ocurrir ahora en el Uruguay, desde el momento en que Vázquez ha llamado a participar en el gobierno a viejos cuadros tupamaros.

En Brasil, después de la salida del gobierno de Collor de Melo, se ha recobrado sin traumas la continuidad. Lula es un populista aparente, pero, por mucho que se pretenda identificarlo con Kirchner, Castro, Chávez o Vázquez, es un hombre de Estado. Hace poco, Lula hizo aprobar en el Congreso una ley de la que se ha hablado menos de lo que merecía: la que ordena abatir en vuelo a los aviones que, sobrevolando territorio brasileño, no se identifiquen. Se instituye así una forma de la pena de muerte, sin juicio previo, en un país que no reconoce ese extremo jurídico. Lula, que en este caso no estaba haciendo populismo, tenía razones de peso para promulgar esa ley. Se enfrentaba, se enfrenta, al narcotráfico y el terrorismo, negocios inseparables e instalados en el territorio amazónico, dentro y fuera de las fronteras de Brasil, y que no son de alcance local ni regional, sino internacional: el narcotráfico en Iberoamérica no está únicamente en manos de los cárteles colombianos, venezolanos y colombianos, sino que Hezbollah ha trasladado allí parte de sus negocios, perjudicados por la intervención en Afganistán. Por otra parte, los Estados Unidos habían pedido a los gobiernos de Brasil, Paraguay y Argentina su colaboración en la lucha para lograr el desmantelamiento de las organizaciones que operan en la Triple Frontera, algunas de ellas directamente ligadas a Al Qaeda, con muy magra respuesta por parte de Paraguay y Argentina. Las relaciones del Brasil con los Estados Unidos son buenas, y el discurso oficial no se vale de consignas antiimperialistas al uso. Lula viene dando un tratamiento de Estado a los problemas internacionales que, en no pocas ocasiones, le acercan más a Álvaro Uribe que a cualquiera de aquellos colegas con los que se le suele identificar. Y le convierten en un sucesor claro de Fernando Henrique Cardoso.

Por esas políticas de Estado, Brasil es el segundo país del subcontinente en la confianza de los inversores, y aunque a la vez aloje en Porto Alegre el más importante foro de la antiglobalización, su gobierno dista mucho de identificarse con sus postulados: le sirven para proponer formas alternativas y graduales de globalización, socialmen-

Cuadernos de pensamiento político

te menos traumáticas, del tipo del mercado BRIC (Brasil, Rusia, India, China). Lula cimentó su campaña y cimenta su popularidad en el programa Hambre Cero, en gran medida realizable en las condiciones de intercambio del Brasil; e imposible de extender en otras, aunque el propio presidente prescindiera de esa verdad de a puño cuando va a reclamar ayudas al G-8, dando pábulo a una lectura errónea de su propia experiencia por unos creadores de opinión europeos que prefieren guiarse por las consignas antes que por la contabilidad. Los que sí leen contabilidades, saben que Lula no es Kirchner, ni mucho menos Chávez o Castro: cuando reparte, no reparte pobreza, sino riqueza. Lagos no reparte nada: desplaza población; y por falta de generosidad política, ahoga a Bolivia.

No son las izquierdas las que gobiernan en los países rectores de Iberoamérica, sino los populismos. Lo que deberían preguntarse los observadores es si queda otra izquierda que la populista.